

Cómo evitar la mina explosiva de la falta de perdón

¿Alguna vez ha sido usted víctima de un agravio? ¿Alguien le ha ofendido, tan profundamente que todavía se siente aturdido por la rabia y el dolor? Si ése es el caso, ¿cómo respondió a la situación? Tal vez quiso vengarse, para que la persona culpable pagara por haberle causado el sufrimiento. Su venganza pudo haber tomado la forma de una acción visible y externa, o pudo ser más sutil: una actitud negativa, de resentimiento.

Si usted ha sido herido, hay la gran tentación a sentirse justificado por tener un espíritu rencoroso. ¡Cuidado! Ésta es una mina terrestre explosiva, una de las armas más destructivas del Enemigo. Si usted pone su pie en esa dirección, es posible que no experimente la explosión ahora mismo, pero cuanto más tiempo albergue sentimientos de falta de perdón, más terrible será el daño. Probablemente no había pensado que una respuesta tal al dolor es una de las cosas más destructivas que se puede hacer a sí mismo. Si introduce en lo más profundo de su ser estos sentimientos negativos, la amargura echará raíces y verá las implicaciones en todas las áreas de su vida.



Hagamos algunas definiciones. El “perdón” se refiere tanto a renunciar al resentimiento en contra de alguien, como al derecho de desquitarse, no importa lo que haya hecho esa persona. “La falta de perdón” es negarse a dejar atrás el derecho de desquitarse del ofensor; se basa en la actitud no cristiana de que alguien tiene que pagar por la herida, una posición para la cual no hay ninguna justificación bíblica.

Efesios 4:13 nos dice que debemos rechazar toda amargura, enojo e ira, y asimismo la malicia, que es el deseo de ver sufrir a alguien. El versículo que viene después nos manda a perdonarnos los unos a los otros. Visto superficialmente, este pasaje puede parecer fácil de obedecer; sin embargo, el perdonar puede ser un tremendo problema, si la herida produjo un dolor muy intenso. A veces pensamos que hemos perdonado a nuestro ofensor, cuando en realidad no lo hemos hecho, es fácil pronunciar las palabras “*te perdono*”, sin decirlo de corazón.

La esencia del problema es la falta de disposición para dar a otros lo que el Señor nos ha dado a nosotros. Dios quiere que reconozcamos la seriedad de nuestro pecado, para que comprendamos la inmensidad de la misericordia que Él nos ha mostrado. A la luz de Su perdón, no tenemos ninguna razón para no perdonar, no importa la gravedad o lo doloroso del agravio (**Mateo 18:21-35**).

Muchas personas albergan malos sentimientos, pero no reconocen que esa actitud es un gran problema en su vida, lo que afectará su salud física, su bienestar emocional y su

condición espiritual. La obsesión por desquitarnos es contraproducente porque nos mantiene a nosotros cautivos. Cuando nos negamos a perdonar, somos más susceptibles a los tormentos de la tensión, de la depresión, de la ira, y de la confusión mental. La simple mención del nombre del ofensor nos provoca una reacción que nos roba la paz, y a veces hasta el descanso. No es de extrañar que el apóstol Pablo advirtiera: **“No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Romanos 12:19).**

Características de la falta de perdón

Un espíritu no perdonador es un espíritu perverso que causa todo tipo de destrucción. Entre otras cosas, planta una raíz de amargura en el corazón. Es comprensible, que podamos necesitar un poco de tiempo para olvidar una ofensa antes de que podamos perdonar. Pero si dejamos arder nuestro dolor, pronto se convertirá en sentimientos de amargura y de malicia. El resultado es como un ácido en nuestra vida, la sustancia cáustica corroe al mismo recipiente que la contiene.

No hay forma de ocultar la amargura. Simplemente escuche la conversación de una persona que tenga una hostilidad reprimida, uno puede detectar una actitud sospechosa y acusadora. La falta de perdón influye sobre las reacciones hasta tal grado que eso se ve en el rostro y en la conducta de una persona resentida. Si usted le da a la amargura un lugar en su vida, eso afectará también a las personas que están más cerca de usted.

Además, un espíritu no perdonador produce un impacto negativo en su vida de oración. Si usted guarda un resentimiento en su corazón mientras presenta sus peticiones o quiere dar gracias a Dios, Él no le escuchará (**Salmo 66:18**). ¿Quiere tener respuesta a sus oraciones? El **Salmo 37:4** dice: **“Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón”**. Si nos deleitamos en Él, obedeceremos Sus mandamientos. La falta de perdón es un acto de rebeldía, es simple desobediencia a la voluntad de Dios y a Su Palabra, que nos dice que debemos ser misericordiosos con los demás, perdonándolos así como Dios nos ha perdonado a nosotros en Cristo (**Efesios 4:32**). Es, en realidad, un acto de soberbia el insistir en que alguien tiene que pagar por habernos causado una herida.

La falta de perdón, da como resultado un dolor y una opresión que nos causamos a nosotros mismos. Aferrarse a esa actitud no sólo bloquea nuestra paz y nuestro contentamiento, sino también nuestro desarrollo espiritual, impide que lleguemos a ser la persona que Dios quiere que seamos, o que logremos Su propósito en nuestra vida. Además, es un estorbo para nuestro testimonio cristiano. ¿Cómo podemos comunicar el perdón de Dios si exhibimos la conducta opuesta?

Es posible que en ocasiones no nos sintamos capaces de perdonarnos a nosotros mismos por algo, y eso puede acarrear las mismas devastadoras consecuencias que tiene nuestra falta de perdón hacia los demás. Cuando Dios nos perdona, Él quita de raíz nuestro pecado y decide no recordarlo más (**Isaías 43:25; Salmo 103:12**). Dios no quiere que nos regodeemos en el pasado, atascados por las viejas faltas. Tenemos el privilegio de aceptar

Su perdón y luego de seguir adelante en la vida. Del mismo modo, si cometemos una falta, necesitamos aprender a perdonarnos a nosotros mismos y a seguir adelante a partir de aquí.

A algunas personas les gusta guardar rencores. Y algunas se sienten justificadas de seguir con el enojo por la severidad del mal que recibieron. Pero no importa lo duro que haya sido el sufrimiento, ninguno de nosotros tiene el derecho de aferrarse al rencor contra alguien. La base es que Dios no nos dio a nosotros lo que merece nuestro pecado. Tampoco debemos nosotros dar a nuestro ofensor lo que pensamos que él merece.

Colosenses 3:12, 13 nos enseña: **“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”**. Es decir, aunque es posible que hayamos sufrido a manos de otras personas, ninguno de nosotros jamás ha soportado la crucifixión. Sin embargo, nuestro Salvador fue crucificado, experimentó esa horrible tortura y humillación, no por algo malo que Él hubiera hecho, sino por el pecado de usted y el mío. Cuando Sus verdugos lo clavaron en la cruz, ¿respondió Él con rencor o resentimiento por la injusticia? No. Más bien dijo: **“Padre, perdónalos” (Lucas 23:34)**. Si el Salvador en ese extremo caso de injusto sufrimiento decidió perdonar, nosotros no tenemos ninguna opción que no sea la de hacer lo mismo cuando seamos agraviados.

Cómo enfrentar el problema

La falta de perdón es como una plaga de termitas. Al comienzo, el problema no es muy evidente, pero puede robarle su bienestar y causarle un daño importante. Manejar la situación de la manera adecuada puede traer armonía de nuevo a su vida.

1. Tómelo con seriedad. Puesto que Dios no toma a la ligera la falta de perdón, nosotros, también, debemos reconocer su magnitud.

2. Asuma toda la responsabilidad. Es posible que otra persona sea la causante de su dolor o angustia, pero echarle la culpa no le liberará del problema. Reconozca, tanto ante usted mismo como ante Dios que, aunque la otra persona puede haber jugado una parte en el problema, sólo usted es el responsable de su espíritu no perdonador.

3. Confíeselo sinceramente. No permita que el resentimiento siga latente. Reconozca delante del Señor que su falta de perdón es un pecado.

4. Renuncie a su enojo. A menos que desista de su hostilidad, su espíritu no perdonador estará siempre de vuelta. Diga: **“Señor, perdóname por mi enojo. Decido, por un acto de mi voluntad, dejarlo”**. Piense luego en la Cruz, y pregúntese a sí mismo: ¿Cómo puede tener algo contra otra persona si yo mismo he sido perdonado?

5. Ore por la otra persona. Es posible que no sienta ganas de orar por quien le ha herido, pero los sentimientos no tienen nada que ver en esto, haga la decisión consciente de hablar al Padre en favor de su ofensor.

6. Si quien le causó el dolor está conciente de su resentimiento, pídale a esa persona que le perdone. Es posible que no sea fácil de hacer, pero es necesario si quiere ser liberado de la esclavitud de su falta de perdón.

7. Pídale a Dios que le muestre algo que usted pueda hacer por cualquier persona que le haya herido. Deje que su espíritu perdonador sea evidente, aunque la reacción de esa persona sea de sospecha.

Después de seguir estos pasos, es posible que todavía surjan algunos sentimientos de rencor. Si eso sucede, ore diciendo: ***“Gracias, Padre ya he perdonado a esa persona”***. No permita que Satanás le atrape repitiendo la situación, atándole así a su viejo y malsano espíritu de falta de perdón.

Después de un tiempo, usted sabrá que ha perdonado de verdad al ofensor, porque ya no sentirá lo mismo que antes. Podrá descubrir que, donde una vez hubo ira y resentimiento, hay ahora una sensación de preocupación e incluso de interés por la vida de esa persona. Encontrará, para su sorpresa y alivio, que la actitud de usted es ahora diferente, y que ha sido hecho libre.

Bienaventurados los Pacificadores

[La sabia respuesta de Abigail]

A veces, nuestras emociones pueden ser muy volátiles, oscilando del contentamiento a la envidia cruel, o de una radiante felicidad a una gran indignación. Todos los cristianos luchan con la batalla de quién tendrá el control: si la “carne” egocéntrica o el Espíritu, quien nos infunde benignidad, paciencia y dominio propio (**Gálatas 5:17-25**).



Pero no sólo lidiamos con nuestros sentimientos y con nuestra conducta; también tenemos que saber cómo responder a las emociones de las personas que están a nuestro alrededor. Como padres pueden sorprenderse por la violenta explosión de rabia de su niño sentirse desconcertados por el estallido emocional de su hija adolescente. Podemos dejar que los huracanes emocionales nos afecten, o actuar como agentes de la gracia de Dios, restaurando la calma y la seguridad.

En **1 Samuel 25**, encontramos la historia de una mujer que mostró una sabiduría ejemplar frente a la necedad y a un ataque de cólera. Abigail demostró la saludable influencia que podemos ejercer cuando personas alrededor nuestro se están comportando incorrectamente, una piadosa influencia que necesitamos en nuestros hogares, en nuestras iglesias y en nuestras comunidades.

Un esposo se comporta insensatamente

Abigail es descrita en la Palabra de Dios como “**de buen entendimiento y de hermosa apariencia**”. Pero, su esposo Nabal, cuyo nombre significa en realidad “**insensato**”, se dice que era “**duro y de malas obras**” (**v. 3**). El esposo de Abigail era muy rico y muy egoísta con sus riquezas. De hecho, su tacañería desató la dura reacción del futuro rey de Israel.

David y sus 600 hombres se habían estado ocultando en las montañas, tratando de evitar al celoso rey Saúl. Sin embargo, a pesar de estar escondidos, estos valientes soldados protegían misericordiosamente a los pastores locales y a sus rebaños de los asaltantes y de los animales salvajes. Nabal y su casa se beneficiaban de esta atenta protección.

Cuando David se enteró de que Nabal estaba esquilando sus ovejas y preparándose para tener una celebración, envió a algunos hombres a pedir el pago acostumbrado, dándoles instrucciones de que se acercaran al dueño con el debido respeto y humildad. Pero Nabal se negó de manera insultante a enviar a David y a sus acompañantes alguna muestra de aprecio, y los mensajeros regresaron con las manos vacías.

Un futuro rey actúa temerariamente

Es digno de mencionar que en los dos capítulos que rodean a esta historia, David le salvó la vida a un hombre que estaba resuelto a quitarle la suya. Aunque el rey Saúl seguía comportándose malvadamente, David se negó a matar al hombre que Dios había ungido como líder de Israel. En estos dos episodios, David se condujo bien, pero en su actitud con Nabal, perdió el control.

David reaccionó con precipitación a los ofensivos comentarios de Nabal y se excedió en su reacción. Él, y aproximadamente 400 hombres se dirigieron a matar a todos los que vivían con Nabal.

3/05/07

Una mujer se comporta sabiamente

Abigail debió de haber dado ya evidencias de ser una persona compasiva, sensata e inteligente, puesta que un angustiado criado inmediatamente corrió adonde ella estaba con la noticia de la vergonzosa conducta de su amo. Sin dudar un momento, la señora de la casa preparó un abundante festín de comida para David y sus hombres, ensilló un asno, y se lanzó para enfrentar el problema.

Al ver a David, Abigail cayó de bruces frente a él. David quedó prendado de su notable belleza física, y de su humildad.

Después de insistir en que la insensatez de Nabal cayera sobre ella, Abigail solicitó permiso para hablar y le pidió a David que la escuchara con paciencia (v. 24). Le imploró por moderación, mostrando honra y respeto. Se dirigió a él como “**señor mío**”, y se refirió a sí misma como su sierva.

Abigail le aseguró a David que, aunque Nabal había preguntado: “**¿Quién es David?**”, ella sabía quién era él. Era el futuro “**príncipe sobre Israel**” (v. 30).

En su súplica por misericordia, Abigail le recordó a David quién era él y qué le esperaba. Esta sabia mujer, de manera amable pero firme, mantuvo a David alejado de sus pensamientos de venganza recordándole la promesa de Dios de una “**casa estable**” (v. 28). Aunque David parecía estar centrado en la venganza inmediata, ella le recordó los planes de Dios para su vida.

Dios calma una tormenta

La Biblia está llena de relatos en los que Dios provoca tormentas y las hace cesar. Aquí vemos cómo Dios utilizó a Abigail para calmar una tormenta diferente. El ejemplo de Abigail nos muestra como dar una nueva visión a la persona que sufre para que pueda ver las cosas desde la perspectiva de Dios.

Abigail pudo haber elegido tratar a David como el enemigo, como el hombre que iba a atacar su casa con un corazón que le hervía de venganza; pero más bien eligió considerarlo como un hombre de Dios que momentáneamente se había salido de sus casillas. David perdió la paciencia, la compostura y su sentido del bien y del mal. Abigail lo ayudó a encontrar estas cosas de nuevo, enfrentándolo con humildad y hablándole con respeto. Su humilde actitud, su don de gracia, y sus positivas palabras abrieron el furibundo corazón de David, y éste pudo oír sus razonables palabras. ¿Podiera la gente a nuestro alrededor estar más dispuesta a escuchar nuestro consejo si primero preparamos el terreno con humilde respeto?

Abigail dijo la verdad con sencillez y reverencia. Le recordó a David que Dios lo había destinado para que fuera rey de Israel. Lo convenció amablemente de que el Señor proveería para Sus elegidos y que los protegería, al mismo tiempo que se encargaría de los enemigos de David. Por último, le recordó a David que no sería sabio derramar sangre innecesariamente ni tomar venganza por su propia mano. Estas verdades pudieron haber herido el severo y emotivo corazón de David, pero, como el ungüento que se aplica a una llaga abierta, ellas sanaron su orgullo herido.

¿Es extraño que David, cautivado por la sabiduría y la belleza de Abigail, le respondiera con aceptación y con sentido aprecio? La Biblia habla después de la muerte de Nabal a manos de Dios, y de la proposición de matrimonio del líder israelita a Abigail. Gracias a que Abigail se involucró valientemente con humildad y con la verdad, los vientos de tormenta se calmaron y un rey logró su destino.

